

contestó: «Pero, señor, ¿y el señor de Chateaubriand?» «En cuanto a ése, lo siento.» El arzobispo preguntó al rey si podía decírmelo: el monarca vaciló, dió dos o tres vueltas por la cámara, y respondió: «Bien, sí; decídselo»; pero el arzobispo se olvidó de ello.

En la ceremonia de los caballeros de las órdenes me encontré de rodillas a los pies del rey, en el momento en que el señor de Villele prestaba juramento. Crucé dos o tres palabras corteses con mi compañero de caballería, con motivo de una pluma desprendida de mi sombrero. Nos levantamos de los pies del príncipe, y todo quedó terminado. El rey, habiendo tenido alguna dificultad para quitarse sus guantes a fin de coger mis manos entre las suyas, me dijo riéndose: «Gato con guantes no caza ratones.» Se creyó que me había hablado mucho, y en seguida se extendió la noticia de que empezaba yo a recobrar el favor real. Es probable que, pensando Carlos X que el arzobispo me había hablado de su buena voluntad, aguardaba de mí alguna palabra de gracias, y que le chocó mi silencio.

Así asistí a la última consagración de los sucesores de Clovis; la había determinado con las páginas en que solicitaba esta consagración, y la pinté en mi folleto *El rey ha muerto; ¡viva el rey!* no porque yo tuviese la menor fe en la ceremonia, sino porque faltándole todo a la legitimidad, era necesario, para sostenerla, emplear todos los medios, valiesen lo que valieran. Yo recordaba en él esta definición de Adalberon: «La coronación de un rey de Francia es un interés público, no un negocio particular: *Publica sunt hæc negotia, non privata*; y reproducía la admirable oración reservada para el acto de la consagración: «¡Dios, que por tus virtudes aconsejas a tus pueblos, comunica a éste, tu servidor, el espíritu de tu sabiduría! ¡Que el día de hoy sea el primero de una nueva era de equidad y de justicia para todos, de socorro para los amigos, de obstáculos para los enemigos, de consuelo para los elegidos, de corrección para los altivos, de enseñanza para los ricos, de compasión para los indigentes, de hospitalidad para los peregrinos, y de paz y de seguridad en la patria para los vasallos! Que aprenda (el monarca) a dominarse a sí mismo, a gobernar moderadamente a cada uno, según su estado, a fin, ¡oh Señor!, de

que pueda dar a todo el pueblo el ejemplo de una vida agradable para ti.»

Antes de haber reproducido en mi folleto *El rey ha muerto; ¡viva el rey!* esta oración conservada por Tillet, dije: «Suplicamos humildemente a Carlos X que imite a sus abuelos: treinta y dos soberanos de la tercera raza han recibido la unción real.»

Habiendo cumplido todos mis deberes, dejé a Reims, y pude decir, como Juana de Arco: «Mi misión está acabada.»

París había presenciado sus últimas fiestas: la época de indulgencia, de reconciliación, de favor, había pasado; la triste verdad quedaba sólo ante nosotros.

Cuando en 1820 la censura puso fin a *El Conservador*, yo no creía volver a emprender, siete años más tarde, la misma polémica bajo otra forma y por medio de otra prensa. Los hombres que combatían conmigo en *El Conservador*, reclamaban, como yo, la libertad de pensar y de escribir; estaban en la oposición y en desgracia como yo, y se llamaban amigos míos. Llegados al poder en 1820, aún más por mis trabajos que por los suyos, atacaron la libertad de la prensa; de perseguidos se convirtieron en perseguidores, dejaron de ser y llamarse mis amigos, y sostuvieron que la licencia de la prensa no había comenzado hasta el 6 de junio de 1824, día de mi salida del ministerio. Tenían poca memoria; si hubieran vuelto a leer las opiniones que habían omitido, los artículos que escribieron contra otro ministerio y en favor de la libertad de imprenta, se habrían visto obligados a convenir que en 1818 y 1819 eran, al menos, los segundos jefes de la licencia.

Por otra parte, mis antiguos adversarios se me unieron. Intenté atraer los partidarios de la independencia al trono legítimo con más éxito, que sumé a la Carta a los servidores del trono y del altar. Mi público había cambiado. Yo estaba obligado a advertir al gobierno los peligros del absolutismo, después de haberlo prevenido contra el desencadenamiento popular. Acostumbrado a respetar a mis lectores, yo no les di una línea que no estuviera escrita con todo el cuidado de que yo era capaz: algunos de estos opúsculos de un día me ha costado más trabajo en proporción que las más extensas obras salidas de mi pluma. Mi vida estaba sumamente ocupada. El ho-

nor y mi país me llamaron de nuevo al campo de batalla. Yo había llegado a la edad en que los hombres tienen necesidad de descanso, pero si hubiera juzgado mis años por el odio cada vez mayor que me inspiraban la opresión y la bajeza, hubiera podido crearme rejuvenecido.

Reuní a mi alrededor una sociedad de escritores para dar forma y conjunto a mis combates. Había entre ellos algunos pares, diputados, magistrados y jóvenes autores que empezaban su carrera. Vinieron entonces a mi casa los señores de Montalivet, Salvandry, Duvergier de Hauranne y otros muchos que fueron mis discípulos y hoy proclaman bajo la monarquía, como cosas nuevas, las que yo les había enseñado y se encuentran en todas las páginas de mis escritos. El señor de Montalivet ha llegado a ser ministro de Gobernación y favorito de Luis Felipe: los hombres que gustan seguir las variaciones de la suerte hallarán este billete bastante curioso:

«Señor vizconde: Tengo el honor de enviarle la nota de los errores que he encontrado en el cuadro de sentencias del tribunal real que le ha sido comunicado. Las he comprobado de nuevo, y creo poder responder de la exactitud de la lista adjunta.

«Dígnese, señor vizconde, recibir el homenaje del profundo respeto con que tiene el honor de ser su muy adicto colega y sincero admirador:

»MONTALIVET.»

Esto no impidió a mi *adicto colega y sincero admirador*, el señor conde de Montalivet, en su tiempo tan gran partidario de la prensa, haberme mandado encerrar, como autor de esta libertad, en la cárcel del señor Gisquet.

Un resumen de mi nueva polémica, que duró cinco años, pero que acabó por triunfar, demostrará la fuerza de las ideas, aun contra los hechos apoyados por el poder. Mi caída fué el 6 de junio de 1824; el 21 estaba yo en la liza, en la que permanecí hasta el 18 de diciembre de 1826: llegué solo a ella, despojado y desnudo, y salí victorioso. Esta es la historia que formo aquí haciendo un extracto de los argumentos que empleé.

EXTRACTO DE MI POLÉMICA DESPUÉS DE MI CAÍDA. — REHUSO LA PENSIÓN DE MINISTRO DE ESTADO QUE ME QUIEREN DEVOLVER. — COMITÉ GRIEGO. — BILLETE DEL SEÑOR MOLÉ. — CARTA DE CANARIS A SU HIJO. — LA SEÑORA RECAMIER ME ENVÍA EL EXTRACTO DE OTRA CARTA. — MIS OBRAS COMPLETAS. — MANSIÓN EN LAUSANNA.

«Hemos tenido el honor y el denuedo de hacer una guerra peligrosa en medio de la libertad de la prensa, y era la primera vez que la monarquía disfrutaba de este noble espectáculo. Mas, bien pronto nos hemos arrepentido de nuestra lealtad. Se habían permitido los periódicos, cuando no podían perjudicar más que al triunfo de nuestros soldados y de nuestros capitanes; y ha sido necesario sujetarlos cuando se han atrevido a hablar de los gobernantes y de los ministros.

«Si los que dirigen el Estado parecen ignorar completamente el genio de Francia en las cosas formales, no son menos extraños a las gracias y adornos que se mezclan, para embellecerla, a la vida de las naciones civilizadas.

«Las liberalidades que el gobierno legítimo concede a las artes, exceden a los socorros que les concedía el gobierno usurpador; pero, ¿cómo se reparten? Consagrados al olvido por carácter y afición, los dispensadores de estas liberalidades parecen tener antipatía a la celebridad; su obscurantismo es tan invencible, que aproximándose a las luces, las oscurecen; se diría que derraman el dinero sobre las artes para acabar con ellas, como sobre nuestras libertades, para ahogarlas.

«Pero aun si la estrecha máquina en que se oprime a Francia se pareciese a esos modelos perfectos que se examinan con cristales de aumento en el gabinete de los aficionados, podría interesar un momento esta curiosidad; pero lejos de eso no es simplemente más que una cosa muy pequeña y peor hecha.

«Hemos dicho que el sistema que sigue hoy la administración mortifica el genio de Francia: vamos a demostrar que desconoce igualmente el espíritu de nuestras instituciones.

«La monarquía se ha restablecido sin esfuerzo en nuestra patria, porque es fuerte en toda nuestra historia, porque



lleva la corona una familia que casi ha visto nacer a la nación, que la ha formado, civilizado, dándole todas sus libertades, que la ha hecho inmortal; pero el tiempo ha reducido esta monarquía a lo que tiene en sí de real. La edad de las ficciones ha pasado en política; ahora es imposible un gobierno de adoración, de culto y de misterio: todos conocen sus derechos; nada es posible fuera de los límites de la razón; y hasta el favor, última ilusión de las monarquías absolutas, es pesado y apreciado en la actualidad.

»La monarquía constitucional no ha nacido entre nosotros de un sistema escrito, aun cuando tenga un código impreso; es hija del tiempo y de los acontecimientos, como la antigua monarquía de nuestros padres.

»¿Por qué la libertad no se mantiene en el edificio levantado por el despotismo, y donde dejó sus huellas? La victoria, adornada aún de los tres colores, se ha refugiado en la tienda del duque de Angulema: la legitimidad habita el Louvre, aunque vea todavía en él las águilas.

»En una monarquía constitucional se respetan las libertades públicas, considerándolas como la salvaguardia del monarca, del pueblo y de las leyes.

»Nosotros comprendemos de otra manera el gobierno representativo. Se forma una compañía (y hasta se dice dos compañías rivales, puesto que la concurrencia es necesaria) para corromper la prensa periódica a peso de oro. No se teme sostener procesos escandalosos contra propietarios que no hayan querido venderse, y se querria obligarlos a que se vendieran por sentencia de los tribunales. Los hombres de honor repugnan el oficio de sostener a un ministerio realista, y se echa mano expresamente de libelistas que han perseguido a la familia real con sus calumnias. Reclútase a todos los que han servido en la antigua policía y en las antecámaras imperiales, lo mismo que cuando entre nuestros vecinos se quieren recoger marineros, se hace una leva en las tabernas y en los lugares sospechosos. La chusma de escritores libres es embarcada en cinco o seis periódicos y lo que ellos dicen se llama *opinión pública* entre los ministros.»

Ved aquí un resumen bastante abreviado de mi polémica en mis folletos y en el *Diario de los Debates*: en él se encuentran todos los principios que se proclaman hoy.

Cuando me lanzaron del ministerio no se me devolvió la pensión, ni la reclamé; pero el señor de Villele, en vista de una observación del monarca, se acordó expedir una nueva orden relativa a este objeto: yo la rehusé, pues, o tenía derecho a disfrutar mi primera pensión, o no lo tenía: en el primer caso, no había necesidad de que me dieran nuevo despacho, y, en el segundo, no quería yo convertirme en pensionista del presidente del consejo.

Los griegos sacudieron el yugo que les oprimía, y se formó en París un comité, del cual formé parte, y que se reunía en casa del señor Ternaux: los miembros de él llegaban sucesivamente al sitio de las deliberaciones, y el general Sebastiani declaraba, después de tomar asiento, que se iba a tratar *de un gran asunto*: la verdad era que el asunto se prolongaba demasiado, lo que desagradaba en gran manera a nuestro verdadero presidente, señor Ternaux, quien deseaba regalar un chal a Aspasia, pero sin perder el tiempo con ella. Las comunicaciones del señor Fabvier molestaban mucho al comité, porque en ellas nos regañaba fuertemente, haciéndonos responsables de todo lo que no se resolvía con arreglo a sus miras, aun cuando él sabía que nosotros no habíamos ganado la batalla de Maratón. Por mi parte me dediqué con ardor a la libertad de Grecia, pues, al hacerlo, creía llenar un deber filial: escribí una *nota*, y me dirigí a los sucesores del emperador de Rusia, como me había dirigido a él mismo en Verona: dicha *nota* se imprimió y reimprimió después al frente del Itinerario.

En igual sentido trabajé en la Cámara de los Pares para poner en movimiento un cuerpo político. La siguiente carta del señor Molé patentiza los obstáculos que yo encontraba y los medios indirectos de que tenía que valerme:

«Mañana, en la apertura, nos encontrará a todos dispuestos a seguir sus pasos, y voy a escribir a Lainé, si antes no le veo. Es necesario no dejarle prever sino que se trata de pronunciar algunas frases respecto a los griegos; pero procure que no le opongan los límites en que debe encerrarse una enmienda, a fin de que no puedan rechazar la de usted con el reglamento en la mano. Quizás le dirán que deje la proposición en la mesa, lo cual podrá hacer sin inconveniente después de decir todo cuanto

le parezca oportuno. Pasquier ha estado bastante enfermo, y tal vez no podrá levantarse mañana. Referente al escrutinio, lo ganaremos; pero lo que vale más que esto es el arreglo que ha hecho usted con sus editores. Es verdaderamente magnífico y consolador encontrar por medio del talento todo lo que la injusticia y la ingratitud de los hombres nos había quitado.

»Siempre suyo,

»MOLÉ.»

Grecia ha quedado, al fin, libre del yugo del islamismo; pero, en vez de una república federativa, como yo deseaba, se ha establecido en Atenas una monarquía bávara. Como los reyes no tienen memoria, yo, que creo haber servido algo a la causa de los Argivos, sólo he oído hablar de ellos en las obras de Homero. Grecia, libertada, ni aun me ha dicho: «Te doy las gracias», e ignora mi nombre tanto o más que cuando lloré sobre sus ruinas al atravesar el desierto.

Grecia, aun no monárquica, fué más agradecida: entre algunos niños que el comité hacía educar, se hallaba el joven Canaris; su padre, digno rival de los marinos de Mycale, le escribió un billete, que el joven tradujo en francés en el blanco que había dejado de lo escrito:

«Mi querido hijo: Ningún griego ha tenido tanta suerte como tú; la de ser escogido por la sociedad bienhechora, que se interesa por nosotros, para que aprendas los deberes del hombre. Yo te di la vida; pero esas personas recomendables te darán la educación, que te hará ser hombre. Muéstrate dócil a los consejos de esos nuevos padres, si quieres servir de consuelo en sus últimos días al que te dió el ser. Tu padre,

C. CANARIS.»

»Nápoli de Romania, 5 de septiembre de 1825.»

He conservado el doble texto de esta carta, como la recompensa del comité griego.

Grecia republicana había ya expresado su sentimiento particular cuando salió del ministerio, y la señora Recamier me escribió desde Nápoles el 29 de octubre de 1824 lo que sigue:

«He recibido de Grecia una carta que ha dado un largo rodeo antes de llegar a

mis manos. En ella hay algunas líneas que le conciernen y que voy a transcribirle. Dicen así:

«Ha llegado aquí el decreto de 6 de junio, que ha producido entre los jefes la más viva sensación, pues, habiendo puesto sus esperanzas en la generosidad de Francia, se preguntan con inquietud lo que supone y presagia la destitución de un hombre cuyo carácter les prometía seguro apoyo.»

»O yo me engaño mucho, o este homenaje debe agradecerle a usted.»

Pronto se leerá la vida de la señora Recamier, y se comprenderá cuán lisonjero debía serme recibir este recuerdo de la patria de las Musas, por conducto de una mujer, que la hubiera embellecido.

En cuanto al billete del señor Molé, antes mencionado, se refería al contrato que hice respecto a la publicación de mis *Obras completas*. Este contrato debió asegurar la tranquilidad de mi vida; pero me ha salido mal, aunque ha sido ventajoso para los editores, a quienes dejó mis obras el señor Lavocat, después de su quiebra. En tratándose de Pluto o de Plutón, pues los mitólogos los confunden, soy como Alcestes, y *siempre estoy viendo la barca fatal*; soy, como Pitt, un canasto lleno de agujeros; pero estos agujeros no soy yo quien los ha hecho. Al fin del prefacio de mis *Obras completas*, edición de 1826, hice este apóstrofe a Francia:

«¡Oh Francia! *mi amado país y mi primer amor*, uno de tus hijos, al concluir su carrera, agrupa bajo tu vista los títulos por que se juzga acreedor a tu benevolencia. Si no le es dado ya hacer nada en tu favor, tú, en recompensa, lo puedes todo respecto de él declarando que su afecto a tu religión, a tu rey y a tus libertades te fué grato. Noble y hermosa patria, yo no habría deseado adquirir gloria más que para aumentar la tuya.»

Encontrándose enferma mi esposa, hizo un viaje al Mediodía de Francia; pero no le probó bien, y volvió a Lyon, donde la confinó el doctor Prunelle. Me reuní a ella, y la llevé a Lausanna, quedando desmentidos allí los pronósticos del facultativo. Me alojé unas veces en casa del señor de Sivry y otras en la de la señora de Cottens, mujer afectuosa, instruida y desgraciada, y vi a la señora de Montolieu, que vivía retirada en una elevada colina debilitándose entre noveles-



cas ilusiones, lo mismo que la señora de Genlis, su contemporánea. Gibbon escribió en mi puerta su historia del imperio romano:

«Entre los escombros del Capitolio—decía—, el 27 de junio de 1787, tracé el proyecto de una obra, cuyos incidentes han ocupado y entretenido más de veinte años de mi vida.»

Madama Staël se había presentado en Lausanna con la señora Recamier, y toda la emigración, todo un mundo pasado se detuvo algunos instantes en aquella ciudad risueña y triste, especie de imitación de Granada. La señora de Duras dejó el recuerdo de ella en sus *Memorias*, y el siguiente billete me informó de la nueva pérdida a que estaba condenado:

«Bex, 13 de julio de 1826.

»Todo ha terminado, y su amiga ya no existe, habiendo entregado su alma a Dios sin agonía, esta mañana a las once menos cuarto. Ayer por la tarde paseé en carruaje, y nada hacía esperar un fin tan próximo. ¿Qué digo? Nadie pensaba que su enfermedad debiese concluir así. El señor de Custine, a quien el dolor no permite escribirle, estuvo ayer por la mañana en una de las montañas que rodean a Bex, a encargar leche de vacas para su querida enferma.

»Me es imposible entrar por hoy en más detalles; nos estamos disponiendo para volver a Francia con los preciosos restos de la mejor de las madres y de las amigas. Enguerrando descansará entre sus dos madres.

»Pasaremos por Lausanna, y el señor de Custine irá a buscar a usted en cuanto lleguemos.

»Reciba usted, etc.

»BERSTECHEER.»

Las *Cartas escritas en Lausanna*, por la señora de Charriere, pintan bien la escena que se me presentaba todos los días y los sentimientos de grandeza que inspiraba. «Descanso solitaria — dice—, enfrente de una ventana que cae sobre el lago. Montañas, nieve y sol, yo os doy las gracias por todos los placeres que me brindáis. Yo te saludo, autor de todo cuanto veo, por haber creado tan agradables magnificencias. ¡Bellezas sublimes de la naturaleza! ¡Todos los días mis ojos

os admiran; todos los días suspira por vuestros encantos mi corazón agradecido!»

En Lausanna comencé las *Observaciones* sobre la primera obra que había escrito, *Ensayo acerca de las revoluciones antiguas y modernas*. Desde mis ventanillas contemplaba las rocas de Meillerie. «Rousseau—escribía yo— sólo se muestra superior a los demás autores de su tiempo en unas sesenta cartas de *La Nueva Eloisa* y en varias páginas de sus *Confesiones*. Colocado en la verdadera naturaleza de su talento, se remonta en ellas a una elocuencia de pasión, desconocida antes de él. Voltaire y Montesquieu hallaron modelos de estilo entre los escritores de la época de Luis XIV: Rousseau y también Buffon, aunque en otro género, han creado un idioma que ignoró el gran siglo.»

VUELTA A PARÍS. — LOS JESUITAS. — CARTA DEL SEÑOR DE MONTLOSIER Y MI CONTESTACIÓN. — CONTINUACIÓN DE MI POLEMICA. — CARTA DEL GENERAL SEBASTIANI. — MUERTE DEL GENERAL FOY. — LA LEY DE JUSTICIA Y DE AMOR. — CARTA DEL SEÑOR BENJAMÍN CONSTANT. — LLEGO AL MÁS ALTO PUESTO DE MI IMPORTANCIA POLÍTICA. — ARTÍCULO CON MOTIVO DE LOS DÍAS DEL REY. — RETIRADA DE LA LEY SOBRE LA POLÍTICA DE LA PRENSA. — BILLETE DEL SEÑOR MICHAUD.

De vuelta a París ocupé el tiempo en establecerme en la calle del Infierno, y en mis incansables combates de la Cámara de los Pares; publiqué, además, algunos folletos contra diversos proyectos de leyes contrarias a las libertades públicas, dedicándome a escribir asimismo en favor de los griegos, y al arreglo de mis Obras completas. El duque de Montmorency había llegado a ser el ayo del duque de Burdeos, pero no gozó mucho tiempo de este fastidioso honor, pues murió el día de Viernes Santo de 1826, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, a la misma hora en que el hijo de Dios expiró en la cruz.

Había comenzado el ataque contra los jesuitas, y se escucharon fútiles declamaciones contra esta orden célebre, en la cual, preciso es confesarlo, existe alguna cosa que inquieta los ánimos, puesto que un velo misterioso cubre siempre sus operaciones.

A propósito de los jesuitas, recibí la carta siguiente del señor de Montlosier:

*Ne derelinquas amicum antiquum.*  
*Novus enim non erit similis illi.* (ECCLES.).

«Mi querido amigo: Las anteriores frases, no sólo pertenecen a una antigüedad remota; no sólo contienen mucha sabiduría, sino que son sagradas para el cristiano. Invoco, pues, toda la autoridad que encierran, por lo mismo que nunca fué tan necesaria como hoy la unión entre los amigos sinceros y los buenos ciudadanos. *Estrechar las filas*, apretar todos los lazos, excitar con emulación todos los votos, todos los esfuerzos, todos los sentimientos, es un deber exigido imperiosamente por la situación deplorable del rey y de la patria. Sé bien que la ingratitude y la injusticia han lacerado su corazón, pero le dirijo mis palabras con confianza, pues estoy seguro de que serán bien acogidas. Al tratar de asunto tan delicado, no sé, amigo mío, si está usted contento conmigo, pero, en medio de sus tribulaciones, si por casualidad he oído acusarle, no me he detenido a defenderle; ni aun escuché lo que otros han dicho. Ignoro si Anibal dejó de obrar con demasiada violencia cuando arrojó de su asiento al senador que hablaba contra su parecer, y quizás no hubiera aprobado que Aquiles se separase del ejército de los griegos por haberle sido robada una doncella: mas, cuando se pronuncian esos nombres, termina toda discusión, y lo mismo sucede hoy con el *iracundo e inexorable Chateaubriand*, pues, al escuchar su nombre, todo enmudece. Cuando dicen *se queja*, se conmueve mi ternura: si añaden *Francia le debe*, me siento penetrado de profundo respeto. Sí, amigo mío; *Francia le debe*, y es necesario que todavía le deba más: por usted ha recobrado el amor a la religión de sus padres, y es necesario conservar este beneficio: para ello es indispensable preservarla del error de sus sacerdotes y librar a éstos de la pendiente fatal a que se encaminan.

»Hace muchos años, amigo mío, que los dos no hemos cesado de combatir: ahora sólo nos resta libertar al rey y al Estado de la preponderancia eclesiástica, llamada religiosa. En las anteriores situaciones teníamos el mal dentro de nosotros con sus raíces; podíamos, por lo tanto, cercarlo y apoderarnos de él: hoy esas ramas que nos cubren tienen raíces exteriores. Las doctrinas cubiertas con la

sangre de Luis XVI y de Carlos I dejaron en su lugar otras empapadas con la de Enrique III y Enrique IV. Ni usted ni yo sufriremos semejante estado de cosas, y le escribo para unirme a usted, y recibir de su pluma una aprobación que me aliente, y para ofrecerle como soldado mi corazón y mis armas.

»Con este sentimiento de admiración hacia usted y de una adhesión verdadera, le imploro con ternura y con respeto.

»EL CONDE DE MONTLOSIER.»

Randanne, 28 de noviembre de 1825.

París, 3 de diciembre de 1825.

«Su carta, mi querido y antiguo amigo, es muy seria, y, no obstante, me ha hecho reír en lo que a mí se refiere. ¡Anibal! ¡Aquiles! Es imposible que me hable así con formalidad. Si se trata de mi cartera, puedo afirmarle que no he amado tres días a la infiel, y que no la he echado de menos un cuarto de hora; en cuanto a mi resentimiento, es otra cosa. El señor de Villele, a quien quería sincera y cordialmente, no sólo ha faltado a los deberes de la amistad, a las públicas muestras de afecto que le tengo dadas y a los sacrificios que he hecho en su obsequio, sino a las reglas usuales del más sencillo y recto proceder.

»El monarca no tenía ya necesidad de mis servicios, y así, nada más natural que alejarme de sus consejos; pero el modo de hacerlo constituye aquí lo principal del caso para un hombre de honor, pues como yo no había robado al rey su reloj de la chimenea, resulta que no debí ser *echado* como lo he sido. Yo había llevado a cabo, solo, la guerra de España, manteniendo la paz europea en aquel período peligroso, y por este solo hecho procuré e hice que la legitimidad tuviera un ejército; también de todos los ministros de la restauración he sido el único separado, sin la menor prueba de un recuerdo por parte de la corona, como si hubiera hecho traición al príncipe y a la patria. El señor de Villele ha creído que yo aceptaría ese comportamiento, y se equivocó; he sido amigo sincero, y, por lo mismo, seré enemigo irreconciliable. He nacido con desgracia, pues las heridas que recibo nunca se cierran.

»Ya he hablado mucho de mí; tratemos de otra cosa más importante, aunque temo que no nos entendamos acerca